

EL MUNDO DE ELENA PONIATOWSKA Y LA RENOVACIÓN DE LA CRÓNICA LITERARIA

LUIS ALBERTO AMBROGGIO¹

Elena Poniatowska Amor nació en París el 19 de Mayo de 1932. Su escritura crea un fascinante mundo donde ficción y realidad caminan abrazadas, siempre atenta a temas como el papel de la mujer, las relaciones entre los sexos, los acontecimientos que transforman el mundo y las costumbres, los movimientos sociales, las tragedias y los personajes del México actual, en sus márgenes. En su labor periodística, que aplica y supera las técnicas del nuevo periodismo norteamericano combina creativamente la crónica testimonial con los procedimientos de la ficción, tal como puede apreciarse especialmente en *Todo empezó el domingo* (1963), *La noche de Tlatelolco* (1971) y *Nada, nadie* (1985). Desentendida de las fronteras genéricas, su extensa y variada obra hace dialogar autobiografía y ficción en *Lilus Kikus* (1954), biografía y novela en *Hasta no verte Jesús mío* (1969) y *Tinísima* (1992) e incursiona en el cuento en *De noche vienes* (1979). En *Querido Diego, te abraza Quiela* (1978) juega con la novela epistolar, y en varias obras con el estudio crítico, la conversación, el relato y el testimonio fotográfico, que se entretajan en diversas pro-

¹ ANLE. Escritor, ensayista, poeta y promotor cultural argentino-estadounidense. Su extensa obra, que comprende diversos géneros, desde la poesía y la ficción narrativa hasta el ensayo sobre temas vinculados al bilingüismo y la identidad, la literatura hispanoamericana y la poesía en lengua española escrita en los EE.UU., ha sido traducida a varios idiomas. Preside la Delegación Washington de ANLE, es miembro correspondiente de la RAE y ha sido designado Enviado Cultural de los Estados Unidos. <http://www.anle.us/338/Luis-Alberto-Ambroggio.html>

porciones en *¡Ay vida, no me mereces!*, Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Juan Rulfo, *la literatura de la Onda México* (1985), Octavio Paz, *las palabras del árbol* (1998) y *Cartas de Álvaro Mutis a Elena Poniatowska* (2002). Con *La piel del cielo* (2001) obtuvo el premio Alfaguara de Novela. En 2005 publicó *El tren pasa primero*, libro merecedor del XV Premio Internacional Rómulo Gallegos (2007). Su novela *Leonora* recibió el premio Biblioteca Breve de la editorial Seix Barral en 2011.

Rehusó en los 70 el Premio Nacional Villarrutia en protesta por la tragedia de Tlatelolco de 1968. En 1979 recibió el Premio Nacional de Periodismo. En el año 2000, Colombia y Chile le otorgaron sus respectivos Premios Nacionales de Escritura; en 2011 recibió el Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares; en 2006, la International Women's Media Foundation le otorgó el *Lifetime Achievement Award*; en 2007 recibió el Premio Iberoamericano del Gobierno de la ciudad de México. Entre sus Doctorados Honoris Causa figuran los de la UNAM (2001), de la Universidad Autónoma de Sinaloa (1979), de la *New School of Social Research* en Nueva York (1994), de la Universidad Autónoma Metropolitana (2000) y de la Universidad de Puerto Rico (2010).

Son innumerables los estudios sobre su obra. De hecho esta entrevista tuvo lugar en la Universidad Estatal de California (Dominguez Hills), en el contexto de un Simposio Internacional de Literatura dedicado al estudio de su obra, homenaje en el que tuve el honor de de entregarle, junto con el Director de la ANLE, una placa de reconocimiento en nombre de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

La belleza del intercambio que mantuvimos consiste en su sencillez como de charla en familia, con detalles y confidencias que enriquecen, de una manera histórica, el conocimiento biográfico y literario de quien es, acaso, la más destacada escritora mexicana contemporánea.

Luis Alberto Ambroggio: Naciste en París, de abolengo real; estudiaste en los Estados Unidos, y más tarde regresaste a tu raíz mexicana, para imbuirte de su realidad, sus conflictos, su alma, su riqueza y pobreza. Tus obras testimoniales comprenden un mundo de personas, historias, situaciones, cuestionamientos éticos, filosóficos y estéticos, y también emociones y sentimientos. Me encantan, por

ejemplo, tus diálogos con Octavio Paz, pues tus preguntas desafiantes lo motivaban a opinar tenazmente sobre su vida, su escritura, la necesidad de la crítica, su resistencia a que la poesía sea recitada cuando es leída y otros muchos apasionantes tópicos políticos, sociales, literarios, vivenciales. He disfrutado mucho de ese libro porque consigues que el lector vea al escritor con toda la energía de la vida. También, tus visitas a la cárcel de Lecumberri, solicitadas y anticipadas en las cartas de Álvaro Mutis. Y, luego, vino un largo período de no verte con ninguno de ellos intercambiando ese tipo de conversaciones. ¿Por qué? Cuéntame tus recuerdos de estas dos relaciones en tu vida. ¿Cómo crees que influyó la experiencia de la cárcel en Álvaro Mutis y lo que se ha dado en llamar su estética del deterioro? A su vez ¿cómo te ha afectado todo esto? ¿Cómo han convivido tus distintas dimensiones: de una parte, la de mujer de letras y de otra, las experiencias cotidianas, hogareñas de tu realidad de esposa y madre de tres hijos, con 10 nietos? ¿Cómo has vivido todo lo que expresas?

Elena Poniatowska: Muchas gracias por esa pregunta tan bonita. Te puedo decir que yo los conocí a todos, a Octavio Paz, Álvaro Mutis, a todos antes de que fueran muy reconocidos y muy famosos. Conocí a un Octavio Paz que era Director en Relaciones Exteriores; él era un funcionario, pero ya había publicado *El laberinto de la soledad*, y era un hombre muy afable, muy agradable y cariñoso. En México había una librería francesa muy bonita que dirigía Miguel Barzola, y uno de sus favoritos era Octavio Paz, que en algún momento del día se cruzaba de la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde trabajaba con otro gran poeta que es José Borisfish. Entonces él se iba a la librería y algunas veces también a mí me hacía compras, sobre todo libros sobre el surrealismo. También conocí a Álvaro Mutis, creo que en alguna fiesta primero y luego en circunstancias muy terribles, en la cárcel de Lecumberri. Allí me pidió que le llevara la obra de Marcel Proust de *La Pléyade*, en unas hojitas muy delgaditas, y creo que le llevé dos o tres volúmenes, y lo iba a visitar los domingos. Me hizo reír una vez, porque tenía una esposa en esa época que se llamaba Mireya, colombiana, y me dijo “vas a ver que Mireya se va a casar con mi abogado”, y dicho y hecho: Mireya se casó con su abogado. Y luego conocí, ¿a quién otro mencionas?

LAA: A Carlos Fuentes.

EP: A Fuentes también lo conocí, a él fue el primerito que conocí cuando ni siquiera pensaba. Bueno, yo no sabía que él iba a ser

escritor, porque íbamos a los mismos bailes, y él me sacaba a bailar, íbamos a unas casas en las lomas muy enormes, así hollywoodenses, con esas escaleras que bajan. Bailábamos la bamba, a Pérez Prado, *yo soy el iquiriqui, yo soy el baja la cachimba*, y bailábamos eso y la raspa, saltábamos así, tatata, ay me acuerdo, y era él, sí, desde entonces tomaba muchísimas notas, hacía muchas preguntas, se fijaba mucho en qué abrigos de pieles llevaban las señoras en las fiestas. Era muy curioso.

LAA: Además de lo que revelas en *Flor de Liz*, como exiliada que ha experimentado los consuelos y sinsabores del exilio, me interesa el detalle de cómo ha sido tu proceso de adaptación, y asimilación, de llegar a sentirte y ser mexicana.

EP: Mira, mi mamá era mexicana, se llamaba Maura Amor. En 1942, durante la guerra, vinimos a México mi madre, mi hermana Kitzia y yo, que tenía diez años por entonces. Mi padre se quedó en la guerra porque era un soldado, un héroe de la guerra; no lo vimos durante cuatro, casi cinco años, mi hermana y yo. Para mí fue muy asombroso descubrir México, porque en Francia nadie me hacía caso, pero en México llamaba la atención una güerita con ojos azules en los 40... en la calle me decían ¡ay qué bonita!, no sé qué, y eso a mí me daba mucha seguridad. Esa fue una adaptación de cariño; como se dice, un champú de amor que recibí de chica y que me ha durado toda la vida. No me costó; a un niño no le cuesta nada adaptarse, porque en primer lugar aprendes el idioma sin darte cuenta; yo creo que a los tres meses nosotras, mi hermana y yo, ya hablábamos español.

LAA: Y con tu madre ¿hablabas español en Francia?

EP: Yo ni siquiera sabía que mi madre era mexicana; es que mi mamá era una mexicana que nació en Francia, como también su madre. Toda la familia se fue a vivir a Francia cuando perdió sus haciendas; casi que se fueron con Porfirio Díaz.

LAA: La capacidad de asombro que te produjo México a primera vista persiste en toda tu obra, y es algo que yo admiro y poetizo en *La desnudez del asombro*. Yo diría que esa capacidad es un lazo que enhebra tu narrativa, tus crónicas y tus geniales entrevistas y desarrollos biográficos, bajo el encuadre de un continuo cuestionario, como ocurre en tu libro sobre Octavio Paz, *Las palabras del árbol*, y en tus *Cartas de Álvaro Mutis a Elena Poniatowska*. Decía Borges que “toda literatura es autobiográfica, finalmente”. Y tú, en el diálogo inicial de *La piel del cielo*: “—Mamá, ¿allá atrás se acaba el mundo?”

—No, no se acaba. —Demuéstramelo. —Te voy a llevar más lejos de lo que se ve a simple vista”, nos encaminas hacia búsquedas y encuentros de todo orden: científico, astrológico, personal, social. Leo la inquietud de tus hijos, la de tu esposo Guillermo Haro, astrofísico de profesión; el asombro, no solo ante la maravilla de los descubrimientos científicos y la emoción de los encuentros familiares, sino también ante la fealdad que has puesto al descubierto en muchas de tus novelas-crónicas; el asombro ante la realidad de lo repugnante en los comportamientos humanos —en las relaciones entre hombre y mujer, opresor y oprimido— ¿A qué atribuyes que ese asombro sea uno de los acicates más fuertes de tu escritura?

EP: Al hecho de haber podido ser periodista desde muy joven. Porque fíjate que yo estudié inglés en un convento de monjas en Filadelfia; entonces todo el día rezaba, me daba golpes de pecho, además quería ser monja, pero no de esas elegantes, sino de las que trapean, de las que lavan el convento. Luego, cuando regresé a México, yo quise ser médico, pero no se podían revalidar los estudios norteamericanos; debí haber insistido pero no lo hice, entonces no revalidé nada y me metí a periodista. Soy periodista desde 1953, que ya son muchísimos años, casi 60 años, y esa fue mi escuela. Tuve mucha suerte, porque en esa época no había tantos periodistas, entonces pude entrevistar a Alfonso Reyes, a Diego Rivera —que había pintado desnuda a Lucía Pita Amor—, a David Alfaro Siqueiros, a María Félix. Así que fue una escuela formidable, un aprendizaje intenso. En los periódicos no se podía hablar ni de la pobreza ni de las cosas que yo veía; pero a través de las entrevistas también me pude acercar a la gente en la calle.

LAA: El asombro de tus ojos y tus oídos, observando... Mi abuelo, el padre de mi madre, fue ferrocarrilero, como lo fue el padre de Neruda. Yo nací el año en que murió mi abuelo. Por eso me toca tu novela *El tren pasa primero*, como alegoría —a la vez gloriosa y decadente— de los cambios sociales, de las consecuencias de los conflictos laborales, pero que termina en el diálogo del protagonista con su sobrina sobre un niño por nacer. El “tren” (la vida), como lo fue la “casa” para otros narradores como Cortázar, es un modo de ir más allá de los límites de los hombres y las mujeres que transitan en estas páginas, como lo haces cuando exploras la vida privada de un personaje público (Álvaro Mutis). ¿Por qué te impresionó tanto esta figura y qué enseñanzas te brindó su cercanía?



Cortesía de Elena Poniatowska

EP: Fíjate que como periodista me empezaron a escribir los presos, que por favor fuera a ver una obra de teatro que se llamaba “El Licenciado tú no te apures” en Lecumberri, donde estaba justamente Álvaro Mutis que era *mayor* en la cruzía, es decir, él dirigía toda la

crujía. Para mí fue un aprendizaje maravilloso acercarme a los presos, pues un preso siempre te cuenta su vida con gran facilidad, porque busca siempre quien lo escuche para justificar su cárcel, o bueno, para decir “soy inocente”. Eso fue algo así como un aprendizaje en las relaciones humanas, en la vida difícil, que me sirvió de muchísimo. Y también estaba Demetrio Vallejo, que en 1959 era el líder de los ferrocarrileros: un chaparrito oaxaqueño que hablaba muy bien en público; lo oías y te quedabas que te cimbraba, pero él era del Express, él no era maquinista. Lo entrevisté, pero era muy difícil porque siempre estaba castigado en un lugar espantoso que se llamaba “el apando”. El apando era una jaula, donde te echaban todo a través de los barrotes como si fueras un perro; el que hizo una novela cortita, maravillosa, sobre la experiencia de un preso en el apando fue José Revueltas. Y bien, así empecé yo a seguir esta vida a la cual jamás habría tenido acceso si me hubiera quedado dentro de mi clase social o dentro de mi familia, haciendo la vida que me hubiera tocado de no ser periodista; de manera que yo le debo todo al periodismo, porque finalmente no estudié nada, no estuve en una Universidad.

LAA: Recuerdo nuestro intercambio en Tulancingo cuando conversamos, en el marco del Primer Encuentro de Escritores Latinoamericanos, sobre la presencia hispana/latina en los Estados Unidos y la necesidad de unirnos para ejercer una efectiva influencia cultural y sociopolítica. Hablamos también sobre la proyección panamericana de nuestro idioma, sobre la historia y la cultura compartida. En el curso de ese intercambio insististe en tu preocupación por que los países de América Latina se unan y organicen para alimentar al continente, a su gente. Recuerdo que, citando el título del libro de Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, te preguntabas por la condición de América Latina y el enorme poder que las transnacionales tienen en la región, pasando incluso por encima de los gobiernos. También discutimos sobre la irracionalidad de las fronteras que dividen pueblos, la presencia de ese aquí y allá en la obra que tradujiste de Sandra Cisneros, *La Casa en Mango Street*. ¿Cuál sería –según tu concepción actual– la relación ideal entre Estados Unidos y América Latina? ¿Cómo se conseguiría? ¿Tienes alguna esperanza?

EP: Se consigue a través de los migrantes, a través de la cantidad de gente que viene aquí a enseñar y aquí tiene múltiples oportunidades para el intercambio multicultural. Luego hay también muchos estadounidenses que van a estudiar o a enseñar a México; por ejem-

plo, ya hay en la UNAM una cátedra de estudios chicanos dictada por Gerardo Kleinberg, que ha seguido muchísimo a los escritores chicanos; también Carlos Monsiváis se interesó muchísimo por esa literatura.

LAA: Tú le llamas “Monsi”.

EP: Pues sí, Monsi. Tenía un gato negro que se llamaba Monsi y la empleada se llama Vais, entonces me encuentro con “Monsi no hagas eso”, “Vais ven acá”, así que todo el día estoy pensando en Monsiváis. Claro, él sí se interesó muchísimo, sobre todo por lo que pasaba en la frontera. Creo que estadounidenses y mexicanos sí hemos logrado a través del tiempo una unión que no existía antes o por lo menos un esbozo de conocimiento que antes se echaba de menos. Sandra Cisneros ya es una escritora que *Randolph House* publica al mismo tiempo en español y en inglés; la repercusión de sus obras crece día a día, tiene un público cautivo enorme integrado por la comunidad latina de los EE.UU. y en especial por todos los mexicanos que residen aquí, y recuerdan Acapulco, María Félix, la quebrada, Jorge Negrete, los charros, todo lo que se perdió y todo lo que quisieran recuperar. Volviendo al tema de las relaciones culturales, hay un mexicano que a mí me llama muchísimo la atención: se llama Carlos Tortolero y dirige el *Mexican Arts Institute* de Chicago, y no sabes todo lo que ha hecho. Tiene un edificio, no tan bello como este, pero enorme, donde se realizan unas exposiciones maravillosas y con frecuencia se organizan simposios y homenajes a escritores y artistas mexicanos. Lo que ha hecho por México en Chicago es absolutamente fuera de serie.

LAA: ¿Tú crees entonces que existe una esperanza de que, al rescatar nuestra historia, el idioma, la cultura hispana de los Estados Unidos, podamos de algún modo obtener una unión panamericana?

EP: Yo creo que sí, aunque por el momento creo que los norteamericanos le tienen miedo a toda esta gente que viene del Sur y que es la gente más pobre —porque no se vienen los multimillonarios; esos mandan sus fortunas a Suiza. La gente que trabaja, la gente que está en los cafés, la gente que lava, la gente que barre, es la que está mexicanizando toda una franja enorme de los Estados Unidos.

LAA: Yo creo que no le temen porque son pobres. Como lo dijo Samuel Huntington, les temen por la pujanza de nuestra cultura y nuestro idioma, por nuestra historia que cuestiona algunos de sus prejuicios excluyentes y contrarios al sueño americano que plasmó

Thomas Jefferson, quien obligaba a sus hijas a aprender el español leyendo diariamente diez páginas del *Quijote*, por considerarlo parte de la historia y la nacionalidad americana. A eso pienso que le temen, no al hecho de que sean pobres.

EP: Yo creo que tienes toda la razón, porque tenemos raíces mucho más poderosas; en Estados Unidos no están las pirámides, no está Teotihuacán, no están los mayas, no está el calendario azteca, y nosotros somos todo eso, aunque lo podamos haber perdido o echado de menos durante una época; todo eso es de una fortaleza y una influencia enorme; nosotros en Estados Unidos estamos de veras recuperando mucho de lo que hemos perdido.

LAA: José Luis Saramago me decía “Luis: lo lamentable es que perdemos la inocencia de la niñez, la disciplina de los estudios académicos coartan nuestra rebeldía”. Tú no has experimentado esa pérdida porque te has formado con la Universidad de la calle, con la sabiduría del pueblo, con lecturas que cubren desde la astrofísica y la filosofía hasta muchos otros campos, con el enriquecedor intercambio con intelectuales y has obtenido el reconocimiento de muchos Doctorados Honoris Causa. ¿Lamentas o festejas la falta de estudios universitarios? Si quisieses llenar ese vacío ¿cómo lo harías?

EP: Yo amo muchísimo a Saramago, lo quise mucho; él vino a México, estuve con él en Madrid, pero bueno, a diferencia de él, a mí sí me hubiese gustado tener una disciplina, la metodología que te da una universidad, porque finalmente cuando no sabes, pues trabajas el doble o el triple; la ventaja que tengo yo es saber idiomas, eso me ayuda, gracias a mi infancia francesa: en Francia te hacen estudiar mucho, te enseñan a estudiar. Y saber inglés... todo esto a mí me ha ayudado mucho, pero es lo único; todo lo demás que se recibe en la academia, lo hubiera querido tener.

LAA: Siempre he admirado –en la totalidad de tu obra y vida– tu conciencia socio-política y tu postura del lado de los marginados y desposeídos, de las víctimas de múltiples tipos de injusticias, atropellos y desastres, así como tu apoyo a causas que a veces se tildan de izquierda (y con las que algunos de tus amigos escritores, como Carlos Fuentes, disientían): la cercanía con el Subcomandante Marcos y sus insurgentes en Chiapas, o el presenciar el voto de Chávez en Venezuela. Esa actitud se refleja en tus obras como *Tinísima*, *La noche de Tlatelolco*, *Fuerte es el silencio*, *Hasta no verte*, *Jesús mío*, *Gaby Brimmer*, *Flor de Liz*, *Querido Diego*, *te abraza Quiela*, *De*

noche vienes, La herida de Paulina, por citar solo algunas de ellas. Dinos cómo se relacionan tu concepción y experiencia de la vida con algunas de tus obras, en términos de influencias, de expresiones autobiográficas, o del deseo de ser la voz de los marginados.

EP: Sería muy pretencioso pensar que lo soy, pero desde muy joven me interesó el mundo que esa voz despliega. Mira, en mi casa me llamaba muchísimo la atención el mundo de las llamadas criadas, (así les decían porque habían sido criadas en la casa, es decir, crecidas y enseñadas en la casa), y lo que ellas hacían y decían. Me gustaba mucho oír su manera de hablar, y de ahí saqué a la Jesusa Palancares, que tiene como referente a una mujer de veras: su nombre era Josefina Borges y su lenguaje era para mí muy poético; yo le preguntaba “oiga Jose, cómo era su papá?”, “No era ni alto ni chaparro, ni gordo ni flaco, una cosa así apopochadita”. Eso me gustaba mucho, porque no sabía qué es “apopochadita”, pero ella lo decía con tanto cariño que me hacía entrar en un mundo para mí completamente desconocido. Ella no decía “este no sabe lo que está hablando”, sino “platica puras distancias”, que era otra expresión que a mí me emocionaba. Y luego descubrí que mucha gente decía cosas así. Por ejemplo, había una muchacha que cuando quería decir que tal muchacho era homosexual, para expresarlo en términos muy educados me decía “es un jovenzón de Hungría”, entonces yo preguntaba “¿un húngaro?”, porque en México a los gitanos les llamaban húngaros. Me parecía muy bonito, porque lo decía con gran delicadeza: en vez de decirme que era un potro o algo así, no: era un jovenzón de Hungría.

LAA: Tomándome el atrevimiento de dar vuelta a las cartas, acabo con la serie de preguntas que le hiciste a Octavio Paz para que ahora nos regales, por favor, tus propias respuestas y así te nos muestres, más allá de nuestra lectura de tus obras, en la vitalidad de este diálogo con el que intentamos crear una suerte de comunión familiar. (Fíjate que lo que viene es, en versión reducida, un cuestionario de Marcel Proust, porque siempre él hacía este tipo de preguntas, como cuál es su flor favorita, cuál es su color favorito). ¿Cuál es para ti el colmo de la miseria?

EP: El colmo de la miseria sería para mí ahora que mi país se hundiera, porque si mi país se hunde, pues se hunden mis hijos, se hunden los niños del mundo, se hunde todo.

LAA: ¿Cuál es la Elena de los otros y cuál es la Elena de Elena?



EP: La Elena de Elena es una persona muy angustiada, muy sujeta a la depresión, a veces muy solitaria por el trabajo –porque tú no puedes escribir sino sola–. Bueno, Sartre y Simone de Beauvoir escribían en un café. A Rómulo Gallegos lo entrevisté hace años y me dijo que él escribía con su mesa en contra de la pared, sin mirar a ningún lado y que así sí podía escribir, que él necesitaba esa pared y estar como castigado. ¿Y tú cómo escribes?

LAA: Yo creo la mayoría de mis escritos en los aviones, sin interrupciones, sin teléfono.

EP: ¡Ahh!, los aviones te inspiran, pero ¿no sacas la mesita?

LAA: No saco la mesita. Pero dime ahora ¿Cuál es tu ideal de felicidad terrestre?

EP: Mi ideal de felicidad para todos es que todo el mundo se vaya a dormir habiendo comido más o menos lo mismo, y para mí personalmente –toco madera– que no le pase nada a la gente que amo.

LAA: ¿Por cuáles fallas humanas sientes indulgencia?

EP: Siento indulgencia por la vanidad, porque como soy entrevistadora, he visto muchísimos actos de vanidad.

LAA: ¿Cuáles son los héroes y heroínas de ficción que prefieres?

EP: Me gusta mucho, muchísimo, Madame Bovary; me gusta muchísimo Ana Karenina, también los personajes de María Elisita Cuba.

LAA: ¿Cuál es tu personaje histórico favorito?

EP: Mi personaje histórico favorito es de México; me gustan muchísimo de México las soldaderas.

LAA: ¿Cuáles son tus heroínas de la vida real?

EP: Las heroínas de la vida real... bueno, en general, las mujeres de México; tengo mucha admiración por las mujeres que vemos aquí en el Simposio. Una de mis heroínas es Juanita Arancibia, que edita *Alba de América* desde hace años, porque no jala la cobija hacia ella y –quisiera decirlo hoy–, no lo hace para sobresalir ella misma; recibe a todas las escritoras de México, y en general, a los escritores de todos lados.

LAA: ¿Cuál es tu pintor favorito?

EP: Van Gogh.

LAA: ¿Cuál es tu músico favorito?

EP: Mi músico favorito, pues obviamente, como tengo raíces polacas, es Chopin.

LAA: ¿Cuál es tu cualidad preferida en el hombre?

EP: La determinación, y también que me apalulle; la inteligencia; estar con un idiota que no se entera de nada, pues así no.

LAA: ¿Y tú cualidad preferida en la mujer?

EP: La solidaridad, el acompañarte, la bondad.

LAA: ¿Tu ocupación favorita?

EP: Estar con gentes, como estar ahora tan agradablemente contigo en esta terraza bajo este hermoso cielo azul.

LAA: ¿Cuál es tu virtud favorita, el principal rasgo de tu carácter?

EP: El creer en todo el mundo y pensar que todos son buenos y lo quieren a uno.

LAA: ¿Qué es lo que más aprecias en tus amigos?

EP: Aprecio desde luego que sean mis amigos y aprecio también su apoyo; siempre recibo mucho apoyo, cariño.

LAA: ¿Cuál es tu sueño de felicidad?

EP: Mi sueño de felicidad... pues ahorita yo creo que va a ser terminar lo que tengo pensado hacer antes de morirme, que ya no me queda mucho tiempo. Terminar los libros que estoy escribiendo.

LAA: ¿Cuál sería para ti la mayor desgracia?

EP: La mayor desgracia, lo peor que me puede suceder, es perder a una de las personas que yo quiero; después de la pérdida de mi hermano con 21 años, yo creo que no me repondría.

LAA: ¿Qué quisieras tú ser que no hayas sido?

EP: ¡Ay!, hubiera querido bailar, ser bailarina, porque tengo una hermana, no sabes lo bien que baila, Kitzia, y luego hubiera querido hacer cosas más alegres: bailar, cantar.

LAA: ¿Cuál es la flor que amas?

EP: La flor que más amo, es una florecita chiquitita, porque era la que mi mamá prefería. Se llama miosotis en francés, ¿cómo se diría en inglés? un *forget-me-not*, que no tiene ninguna pretensión.

LAA: ¿Y el pájaro que prefieres?

EP: Me gustan muchísimo los cenizos mexicanos, también los canarios.

LAA: ¿Cuáles son tus autores favoritos en prosa?

EP: Piensa que yo tengo una formación francesa: Flaubert, Stendhal; pero también me gustan Dostoyevski, Tolstoy. Conocí a Rulfo antes de que escribiera *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*; desde entonces me gustó muchísimo. De México te puedo decir que también quise muchísimo a Carlos Fuentes, su muerte me afectó mucho.

LAA: Yo estuve con Carlos Fuentes dos semanas antes de su muerte en la Feria de Libro de Buenos Aires.

EP: ¿Y lo viste bien? Eso me interesa mucho...

LAA: Lo vi bien, pero tosiendo. Cuando le pregunté cómo se sentía, me respondió que bien y atribuía la tos y el cansancio al cambio del tiempo, a sus viajes y compromisos. Dio una charla muy interesante. Y de Buenos Aires partió para Chile.

EP: Él no paraba.

LAA: ¿Cuáles son tus poetas favoritos?

EP: Mis poetas favoritos son Baudelaire –todo está ligado a esa formación francesa–, obviamente Paz, Jaime Sabines; también me gusta Rosario Castellanos, que nunca la mencioné pero siempre la tuve. La que es una maravilla es Sylvia Plath, que metió en su cabeza a un hombre ¡pobrecita! También hay otras: me gusta mucho Adrienne Rich, la feminista. Te voy a decir hay una costarricense que todo el mundo olvida seis días después de muerta, que se llama Eunice Odio.

LAA: A mí también me fascina Eunice Odio. De hecho, el poema “Semilla”, que te dediqué, tiene un epígrafe de Eunice Odio.

EP: A mí me da una enorme tristeza su vida en México.

LAA: ¿La reforma que más admiras?

EP: La reforma que ahorita más admiro, dentro de la historia de México, es desde luego la revolución mexicana, pero menos que la revolución francesa, aunque las revoluciones ceden demasiado.

LAA: ¿Cómo te gustaría morir?

EP: Me gustaría morir rápido. Decía mi marido un dicho: lo que sea, que sea sueño, que no esté yo fregando todo el día”. Y a ti ¿cómo te gustaría morir?

LAA: Lo mismo. Y mi madre, que tiene noventa años, dice exactamente lo mismo: que sea instantáneo, de un ataque al corazón.

EP: Pero ¿está muy bien ahora?

LAA: Está muy bien felizmente. Vive con mi padre de noventa y cinco años en la casa donde crecimos y no quieren que les pongamos ninguna persona que los acompañen. Quieren su privacidad y su compañía.

EP: ¡Qué valientes! ¿Y ellos de dónde son?

LAA: Son de Argentina. El padre de mi papá era de Italia y el padre de mi madre, el ferrocarrilero, era de Francia.

LAA: ¿Crees que has inventado algo en tus obras?

EP: No, no creo eso; uno no inventa nada. Mira, Carlos Fuentes decía que la literatura es un plagio y tiene razón. También Alfonso Reyes decía algo muy generoso: que todo lo hacemos entre todos, y eso sí es verdad, lo hacemos entre todos, ya quisiéramos haber inventado en verdad el *Cantar de los cantares* ¿te imaginas?

LAA: ¿Cuál quisieras que fuera el legado de Elena Poniatowska?

EP: Fíjate que si yo quisiera dejar un legado, sería que se supiera que trabajando puedes salvarte a ti misma, y no fregar a los demás, no pesar encima de los demás, porque finalmente te puedes mantener a ti misma. Alguien que se mantiene, que trabaja, que no debe, pues se gana el respeto de los demás, por eso es tan importante para las mujeres trabajar, no ser dependientes.

Muchas gracias, Elena, por este testimonio con el cual te tendremos siempre, y que alimenta el afecto y la admiración de quienes se inspiran en tu obra y en tu vida de mujer militante, de escritora, de persona humana extraordinaria. Esta es Elena Poniatowska Amor o, más detalladamente, Hélène Elizabeth Louise Amélie Paula Dolores Poniatowska Amor.